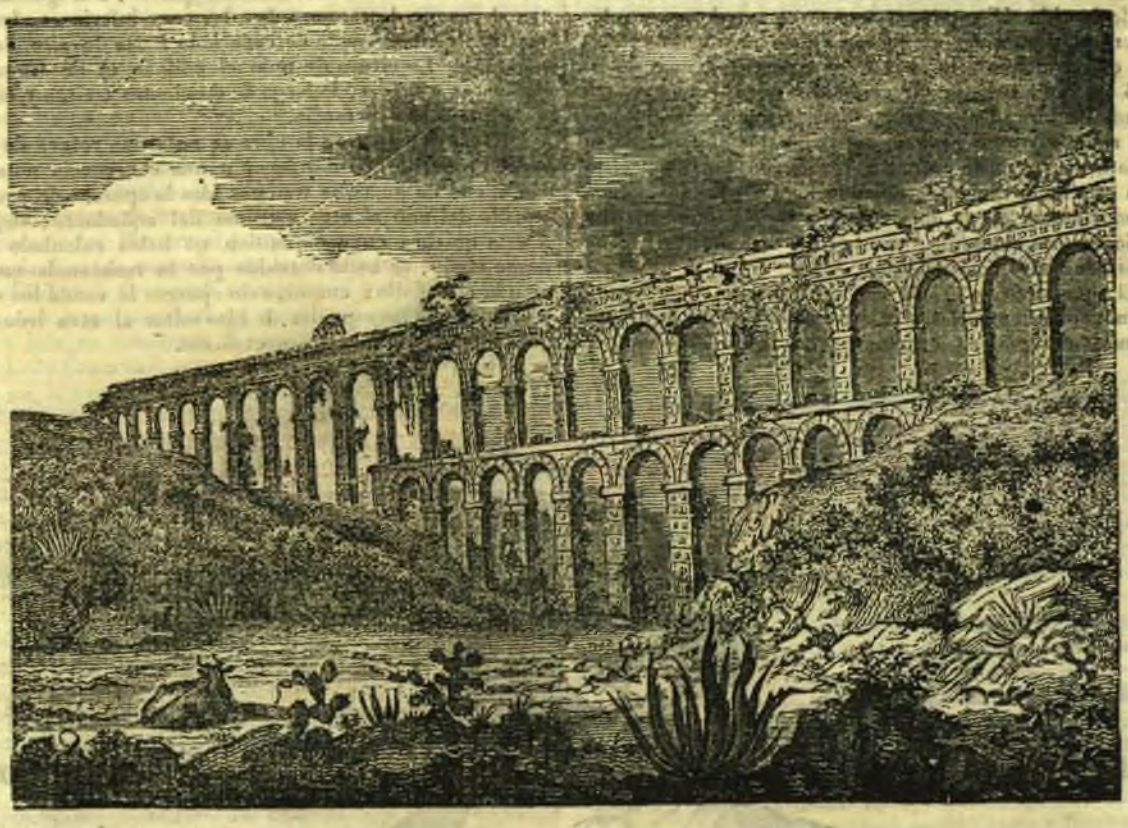

EL ACUEDUCTO DE TARRAGONA.

El agua es un objeto tan indispensable para la vida del hombre, que su presencia ha sido siempre la primera condicion para el establecimiento de todo grupo de poblacion social. Los lagos, los rios y fuentes naturales, han determinado el sitio de los pueblos mas importantes, y desde la mas remota antigüedad vemos á la industria humana empleada en hacer servir á sus ideas las corrientes de aguas naturales, ya variando su direccion, ya conteniendo su impetuosidad en ciertos límites. La civilizacion de la China comenzó al tiempo que las obras en el rio Amarillo; célebres son igualmente los trabajos de los antiguos en el Nilo y el Eufrates; y puede establecerse, en fin, que el poder que el hombre egerce sobre el agua, sirve á conocer el que alcanza sobre toda la naturaleza, pues qué sometido una vez á su voz, aquel agente principal puede con mas facilidad dominar el resto. El agua, le sirve, en efecto, ya para facilitar las comunicaciones y transportes, ya para fertilizar sus campiñas, ya en fin á reunir ó dispersar sus habitaciones en uno ó muchos puntos sin temor de la sed ni de la miseria de los frutos.

La etimología de la voz *acueducto* la hace aplicable á toda obra destinada á conducir aguas; mas sin embargo el uso la ha consagrado especialmente á las obras ejecutadas en piedra ó de fábrica con aquel objeto. Las mas antiguas y notables de estas construcciones que conocemos, son sin duda las de los romanos. Parece en efecto que la rápida y prodigiosa estension de la ciudad de Roma, asi como sus inmensas riquezas, formaron una reunion de circunstancias las mas favorables para la creacion de obras tan gigantescas. Asi que fueron llevadas á cabo con una magnificencia y solidez tales, que ni la mano del tiempo ni la mas destructora del hombre, ha podido aun hacerlas desaparecer del todo. Todavia hoy sus restos colosales arrebatan nuestra admiracion, y sirven á embellecer y fertilizar paises y ciudades importantes.

La dominacion romana dejó en este punto consignada su memoria en nuestra España, con no menos riqueza y grandiosidad que en los demas paises á que se estendió. Los célebres acueductos de Sagunto, Mérida, Segovia, Tarragona y tantas otras ciudades, testifican aun mas ó menos completamente el poder y la inteligencia de aquel pueblo grande que supo llevar el triunfo de las leyes, de las ciencias y de las artes en pos de sus banderas vencedoras. Contraerémonos por hoy á dar una sucinta descripcion del acueducto de Tarragona, que con alguna variacion puede aplicarse á las demas construcciones de esta clase que aun se observan en nuestra península.

El antiguo acueducto caminaba hasta Tarragona desde Pont de Armentera junto á un monasterio de cistercienses llamado Santas Craces, cerca del rio Gaya donde tenia su origen, siguiendo un espacio de seis ó siete leguas. En el dia queda en pie una buena parte de aquella obra colosal, y es la conocida por el nombre de *Puente de las Ferreras*.

A pocos pasos de él se encuentran las canteras de donde pudieron estraerse los materiales para tan sólida construccion. El acueducto de Tarragona habia quedado destruido casi del todo en las diversas invasiones y guerras sostenidas por la España, y los habitantes de aquella ciudad se hallaban reducidos á beber las aguas de los

pozos. El arzobispo de aquella diócesis D. Joaquin Santiyan y Valdivielso, concibió el osado proyecto de restablecer aquel magnífico monumento, y procurar de este modo á sus diocesanos una de las mayores comodidades de la vida. Hizo pues reconocer escrupulosamente los cimientos, y una vez asegurado de su buen estado, dispuso dar principio á la obra á sus espensas, lo cual se verificó en 1780 bajo la direccion del arquitecto D. Juan Antonio Robira. Desgraciadamente la muerte no permitió á aquel virtuoso prelado experimentar el fruto de su patriotismo; pero en su noble resolucion habia previsto hasta este inconveniente, dejando fondos suficientes consagrados á concluir la obra comenzada. Su intencion fue religiosamente cumplida, y en el dia disfruta Tarragona de los beneficios consiguientes.

El aqüeducto no era de una construccion muy regular, notándose entre las tres arcadas del medio, algunas distancias desiguales y otras irregularidades. En cuanto á la construccion del edificio, tuvieron sin duda en cuenta la desigualdad del terreno. Los arcos de la parte baja son once y los de la parte alta veinte y cinco; los once que forman el medio de la arcada superior, son iguales entre sí porque descansan sobre los once inferiores; los demas van disminuyendo de cada lado hasta lo alto de las montañas. La altura de todo el edificio es de treinta y dos varas y media, lo largo de doscientas treinta y cinco, y lo ancho dos y media.

Hácia el medio de la obra se nota una rotura de diez á doce pies, lo que dió lugar á una ocurrencia notable. Un oficial de guardias walonas hizo la apuesta de pasar á caballo del uno al otro estremo del aqüeducto; llegado á esta quiebra cuya dimension no habia calculado bien desde abajo, se halló detenido por la resistencia que le oponia el caballo; entonces sin apearse le vendó los ojos, y aplicándole las espuelas, le hizo saltar al otro lado con gran admiracion de los espectadores.

CROMWELL.

Este hombre extraordinario por la superioridad de su genio, igual á la de sus crímenes, *Oliverio Cromwell*, aquel usurpador sin cetro y rey sin corona, nació en 15 de abril de 1599. Desde luego descubrió un carácter indómito y un jire de imaginacion que indicaba una disposicion al entusiasmo religioso, que debia ser en él el de un fanatismo intolerante y cruel. Desde jóven pensaba ya tanto en su porvenir, que abrigaba la ilusion de que se le habia aparecido un fantasma femenino y le habia anunciado que llegaria á ser el primer hombre del reino; y treinta años despues ya no dudó de que aquella vision, hija de una fantasía acalorada, no hubiese sido una revelacion celestial.

Apenas salió de la universidad de Cambridge cuando en vez de ocuparse en el estudio de la jurisprudencia, se entregó al desorden y relajacion, y disipó en poco tiempo la herencia regular que su padre le habia dejado.

Casóse poco despues á los 21 años de edad, y de repente abrazó una conducta tan arreglada, que es de creer que no tanto influyeron en sus primeros estravíos inclinaciones naturalmente viciosas, cuanto la inquietud de su carácter que necesitaba emociones fuertes y extraordinarias. Esta idea la confirma mas y mas el ver que no tardó en adoptar con el mayor ardor los principios de la nueva secta de los presbiterianos exagerados, que adquiriendo de dia en dia mayor influencia, llegó á ser tan funesta á la Inglaterra.

En 1628 fue elegido miembro del tercer parlamento de Carlos I, y se señaló por sus declamaciones contra Roma. Quedó disuelto aquel parlamento, y viendo Cromwell frustradas sus esperanzas de fortuna, resolvió pasar á América; pero ¡cosa estraña! Carlos I prohibió las emigraciones, y retuvo asi en Inglaterra á aquel que solo quedaba en ella para hacerle perder la vida en el patíbulo ¡De qué pequeñeces no depende la suerte de los imperios!

Nombrado posteriormente para el parlamento por la universidad de Cambridge, se presentó Olivero Cromwell á ocupar su asiento con un vestido sucio y roto; y aquel abandono afectado y rusticidad aparente llamaron la atencion general sobre un hombre que debia disolver en algun dia aquella misma cámara de los comunes en la que iba á

sentarse. Sobrevino otro parlamento que fué el que hizo condenar al rey, derribó el trono, y proclamó á Cromwell *Protector* de Inglaterra, Escocia é Irlanda; mas no era este título el blanco del nuevo elegido, que sin duda habia fundado otras esperanzas en la muerte de Carlos I, pero que no se atrevió á tomar el título de rey. Cuéntase sin embargo que estuvo indeciso cuando se le brindó con el título de protector, y que lo consultó con Whitelock; uno de los personages distinguidos de aquel tiempo. Este, como hombre de estado, enteramente consagrado á su pais, y convencido de que nada puede ser permanente en apartándose de los principios de orden y estabilidad, le aconsejó que llamára al trono al hijo de Carlos I, despues de fijar de acuerdo con la nacion, los límites de la autoridad real. Cromwell no respondió palabra; pero desde entonces no manifestó ya aprecio ni confianza á aquel fiel é íntegro consejero. Se cuenta tambien que instado por Lady Cromwell para que admitiese las proposiciones que se le hacian en nombre de Carlos II, le respondió: "Eres una loca; si Carlos Stuardo pudiese perdonarme lo que he hecho contra su padre y contra él, seria indigno de ceñirse la corona que yo le cediese." En esto se engañaba Cromwell torpemente; porque el olvido de las injurias y el cumplimiento exacto de las promesas son cabalmente las prendas que dan mas derecho á llevar una corona.

No fué solo en el parlamento donde supo obtener Cromwell aquel ascendiente que puso en sus manos la suerte de Inglaterra; tomó una parte activa en la guerra civil, y aunque no desenvainó la espada hasta la edad de cuarenta y dos años, desplegó de un golpe todo el talento de un gran capitan, y dueño del ejército, no tardó en servirse de él para deshacer el parlamento. No se presentó con un látigo en la mano como Luis XIV, si no rodeado de soldados, y echando del recinto á los miembros que deliberaban, hizo cerrar las puertas. Un siglo despues le imitó Napoleon en el 18 Brumario. Desde aquel momento reinó Cromwell bajo el título de protector, y para que nada le faltase de la soberanía sino el título, el manto y el cetro, se instaló en White-Hall, palacio de los reyes de Inglaterra. Manifestó mas sabiduria en gobernar que la que habia descubierto para conseguir el poder supremo. Arregló la hacienda, estableció una buena administracion en lo militar, aseguró el servicio público, y no temió colocar en los tribunales á los legistas mas íntegros é ilustrados, sin que le detuvieran las opiniones políticas que antes pudieran haber profesado: porque se tenia por suficientemente fuerte para echar mano de todos los talentos y no temer á ninguno. Estimuló con todo su poder al comercio é industria, y lo que seria increible á no atestiguarlo todos los historiadores, un hombre tan conocido por su fanatismo religioso presentó en punto á religion principios políticos llenos de prudencia y moderacion. Logró que su autoridad se reconociese fuera del reino, y que se respetase el pavellon de su pais: venció á los holandeses por mar, hizo una alianza con Mazarino, y en breve puso á Inglaterra en el primer lugar.

Mas aquel ser extraordinario á quien la fortuna se complació en colmar de todos sus favores, aquel hombre que llegó á tal grado de gloria y de poder, no pudo ser feliz. Habíale suscitado su elevacion muchos enemigos, y de continuo le amagaba el puñal de los conspiradores. Iba siempre revestido de una coraza, y jamas salia si no armado y acompañado. El que hacia temblar á toda Europa, apenas se atrevia á salir de su palacio. Una calentura lenta pero tenaz, consecuencia de tantas inquietudes y angustias, puso fin á sus dias el 13 de setiembre de 1658 á la edad de 59 años.

Sus exéquias fueron suntuosísimas; todas las córtes de Europa llevaron luto, y sin haber sido rey gozó en vida, y aun despues de ella, todos los honores reservados á los monarcas. Aunque el destino de todos los mortales concluye en la muerte de cada uno, debia Cromwell merecer tambien en esto una rara escepcion, como si el que habia derribado un trono pudiese todavía romper la losa del sepulcro y volver á presentarse en el teatro humano. Su cadaver llamó la atencion que se habia tributado en vida á su persona.

Se cuenta que conociendo que se acercaba á su término llamó á sus mas íntimos amigos, y despues de anunciarles su próxima muerte, les declaró que la república caeria con él, y que su último suspiro seria la señal del regreso de Carlos II. «Conozco á los Stuardos, les dijo, querrán vengarse en mis restos mortales, y cuento con vosotros para que los substraigais á su furor.» Dicho esto les dió sus instrucciones secretas con la misma intrepidez y sangre fria que manifestó en medio de los combates. El coronel Barkstead, militar valiente, puritano fogoso, y uno de sus mas declarados partidarios, quedó encargado de la ejecucion; y mientras el pueblo de Londres se agolpaba tras la magnífica comitiva que acompañaba á un feretro vacio, un carruage escoltado de cuatro personas salia de Londres y se encaminaba secretamente al campo de Naseby, en donde el ejército de los puritanos habia alcanzado la mas decisiva victoria. En aquel carruage iba el cuerpo de Cromwell. En la obscuridad de la noche Barkstead y sus hijos, encargados de aquel depósito, abrieron una hoya despues de haber levantado cuidadosamente el cesped, metieron en ella el atahud, le cubrieron, transportaron á gran distancia la tierra que sobró, y volvieron á colocar el cesped de modo que no quedase el menor vestigio de lo hecho. Ellos solos hubieran podido decir el sitio, pero murieron sin declararlo.

Mucho tiempo despues mandó Carlos II que se trasladasen con pompa los restos de Carlos I á la iglesia de Westminster en donde debia erigirse un monumento fúnebre, y á fin de que la venganza acompañára á la expiacion, ordenó al mismo tiempo que se sacase el cuerpo de Cromwell, se le arrastrase en una cesta y fuese colgado por el verdugo; pero por mas deligencias que se hicieron en la iglesia de Windsor, no pudo darse con el feretro del rey, aunque fueron mas felices para dar con el supuesto de Cromwell.

Llegó el dia de la ejecucion, pero no bien el cuerpo hallado en la tumba del protector quedó colgado de la horca, cuando se notó que la cabeza estaba cosida al tronco, y que no se sostenia si no con unos alambres, y todo el público se horrorizó, habiéndose esparcido la voz de que era el cuerpo de Carlos I el que acababa de sufrir el castigo de los traidores.

Las crónicas de aquel tiempo refieren que Barkstead, queriendo corresponder completamente á toda la idea de Cromwell, habia hecho meter secretamente el cuerpo del rey en el atahud del protector. Este hecho se ha disputado entre algunos historiadores, y no ha faltado escritor moderno á quien este combate notable de *los dos cadáveres* ha suministrado materia para una obra muy interesante; pero sea cierto ó falso este acontecimiento, que los antiguos han presentado con todo el aparato de lo maravilloso, nos ha parecido digno de referirse.

Cromwell fue de mediana estatura: su fisonomia muy marcada, pero sin gracia; tenia una voz chillona y desagradable; un lenguage animado y enérgico, pero vulgar, incorrecto, violento y embarazado. Su gran talento era el conocimiento profundo del corazon humano, el de una ojeada rápida y penetrante, un atrevimiento inconcebible para adoptar un partido, y una resolucion incontrastable para ejecutar con prontitud lo que una vez habia proyectado. Estos grandes rasgos de su caracter, con que se esplica su asombroso destino, hicieron decir á Voltaire que Cromwell supo revestir con los dotes de un gran monarca todos los crímenes de un usurpador.

LOS INDIOS DEL BRASIL.

Por las relaciones mas antiguas de los viageros que han visitado las tribus indianas del Brasil, se echa de ver que les ha sido poco ventajoso el roze con los europeos, y que aislados y por sí mismos hubieran hecho rápidos progresos en una civilizacion, diferente en verdad de la nuestra; pero que no les hubiera sacado menos eficazmente de la barbárie, y cuyas semillas eran ya perceptibles. Sumerjidos en el dia en la mas profunda indolencia, é insensibles á cuanto no sea una impresion de la vida animal, ninguna idea tienen de moral, de deberes, ni de derechos. A escepcion de ciertas habilidades dimanadas de la fuerza de las necesidades en que la naturaleza les contituye, á penas se diferencia su vida de la de los animales salvages, con los que dividen el dominio de los bosques primitivos del Nuevo Mundo.

El indio no cuenta sino consigo mismo para su comida diaria, y con su mujer; porque la mira como una propiedad, ó por mejor decir, como un animal doméstico. Por lo general andan todos desnudos; pero se pintarrajean todo el cuerpo grotescamente, con un color rojo anaranjado, y un negro azulado que estraen del jugo de ciertas plantas. Los hombres se pintan el rostro con el primero de estos colores, desde la frente á la boca; pero esta no es una regla invariable, pues hay quienes se le pintan de arriba abajo, mitad de un color y mitad de otro: otros tiran líneas azules sobre todo su cuerpo, menos en los antebrazos y pantorrillas, y algunos se dan solo la cara de rojo, con una raya de color obscuro de oreja á oreja. Los hombres, y con particularidad las mujeres, llevan al cuello sartas de varios huesos de frutas y de granos negros, entreverados con dientes de monos ó de bestias feroces. Llevan tambien á veces esta clase de adornos en la frente, ataviándose la cabeza ó el cuello con plumas de papagayo; aunque esto es mas comun en las mujeres que en los hombres, y entre estos es el distintivo de los jefes. En ciertas ocasiones las mujeres llevan un monton de diges que les proporcionan los blancos, como rosarios, botones, telas pintadas y abalorios. Hay tribus en donde desde sus primeros años se oprimen el tobillo y las articulaciones de pies y manos con cortezas de árboles, para tenerlos mas pequeños y elegantes. Otra de las modas de los indios del Brasil, es la de raerse todo el cuerpo, habiendo quienes se afeitan la cabeza y no dejan sino una sola guedeja en la coronilla.

Ciertas tribus se distinguen por un pedazo de madera que llevan en el lábio inferior, las narices y las orejas, siendo los padres quienes fijan la época en que han de usar los hijos de este atavío. A este fin les horadan el lábio y las orejas, y sucesivamente se va aumentando la abertura mediante unos trozos de madera lijera, cuyo tamaño aumentan cada vez: suelen tener hasta cuatro pulgadas de diámetro, y una pulgada ó pulgada y media de grueso, de modo que si no estan bien colocados, se les cae el lábio inferior dejando descubierta toda la dentadura, ó les cuelga la oreja como una corregüela. Fácilmente se deja conocer que la opresion natural de aquellas piezas de madera, debe hacer que retroceda la mandíbula inferior, trastornar los dientes y echarlos á perder en poco tiempo. Las mujeres usan de iguales adornos pero mas pequeños y delicados.

Construyen sus chozas con las hojas mayores de la palmera *airi*, con las cuales forman un recinto redondo ú obalado, fijándolas en tierra de modo que su natural inflexion las incline á la parte interior, y sus hojas cruzadas entretejan un techo. Cuando ha de prolongarse su residencia en un punto, robustecen el edificio con el auxilio de ramas de árboles ó con estacas, y engruesan el techo con mayor número de hojas. Habitan comunmente varias familias en una misma choza, y cada horda que se compone de diez ó doce chozas está á las órdenes de un jefe. En el centro de ellas hay unas grandes piedras para rodear y conservar la lumbre, y para quebrantar las nueces del coco ú otros cuerpos duros. Sus muebles son las armas, los aparejos de pesca y algunas vasijas de barro oscuro endurecido al fuego, y aun no todos tienen esta vajilla. Conservan el agua en calabazas y en trozos de cañas, cortadas de modo que el nudo venga á ser el fondo del vaso. Estas cañas, á veces del grueso de un brazo, pueden contener mucha agua sin ser por eso muy altas.

Los salvages duermen los mas en hamacas tejidas á modo de esteras, y suspendidas de un poste de la choza ó entre dos árboles, y algunos hacen su cama en el suelo.

Las paredes de las chozas están adornadas de cañas ó de sacos que contienen los utensilios de adorno y demas muebles de los indios, y especialmente las tintas, sogas, plumas y anzuelos. Pero el tesoro principal de un indio son las armas de que usa para la caza ó los combates, y el cuchillo con que las fabrica, y que lleva siempre pendiente del cuello con un cordon. Este cuchillo suele ser una hoja europea encerrada entre dos trozos de madera, clase de puño que prefieren los indios á los puños comunes que los blancos les venden con el cuchillo. Las hachas de hierro son tan raras, que por lo comun no tienen mas que una para cada horda.

Egercítanse desde su tierna edad en el manejo del arco, y como su existencia está vinculada á la destreza en este egercicio, son dueños de sí mismos desde que la adquieren. Todas sus acciones descubren que les son comunes la perfeccion de los sentidos y la escelencia en los egercicios corporales con otros muchos pueblos salvages; sobresalen en correr y en nadar, estan endurecidos á toda especie de fatigas, y soportan el hambre y la sed; mas cuando pueden satisfacer su voracidad, no guardan límites, y no dejan de la caza que han hecho sino los huesos mas duros. Cuando llegan á algun establecimiento de los blancos ó á un cuerpo de guardia no se cansan de pedir de comer, y devoran cuanto cae en sus manos. Se entregan destempladamente á la bebida, y tiene para ellos el aguardiente y demas licores fuertes un atractivo irresistible. Suelen hacer ellos mismos con el jugo de la caña del maiz un licor embriagante que llaman *chicha*, mascando la caña y recogiendo el jugo que la presion de los dientes saca de ella.

Aunque dan la preferencia á la carne de mono, no por eso desdeñan la de ningun animal de sus selvas. Acaban á los tigres, jabalíes y otras fieras mayores cargándolas de una infinidad de flechas para que se desangren enteramente. Huelen la caza á una gran distancia, la sorprenden con la mayor destreza, consiguen matar muchas cabezas antes que el conjunto de ellas eche de ver la presencia de los cazadores, y se valen de perros que roban ó les dan los colonos. Atraen á las aves imitándolas con la mayor perfeccion, y las cojen facilmente en lazos: comen tambien insectos y buscan ansiosamente la cera y la miel.

Ademas de estos alimentos presentan las selvas vírgenes del Brasil tal profusion de frutas y de raices que pueden comerse, que no es posible les falten jamás alimentos vegetales, y si alguna vez padecen el hambre, será suya la culpa. Ofréceles un alimento delicioso la médula y los renuevos tiernos que se cojen en la copa de las palmeras, y sorprende la destreza con que agarrando con las manos el tronco y apoyando en él las plantas de los pies, sin tocarle con las piernas, se encaraman hasta la estremidad del tallo largo y flexible de la palmera. Cuando estan en la estremidad van quitando las hojas esteriores, debilitando asi aquella parte hasta poder romper su punta, y entonces ajitan el árbol, como se ve en la lámina

que sigue, y le balancean con el peso de su cuerpo hasta que llegan á alcanzar la palmera mas inmediata, á la que se agarran con ajilidad para despojarla del mismo modo.

La permanencia de los indios en un mismo punto depende ya de los recursos que en él encuentran para subsistir, ya de sus guerras con otras tribus ó con los portugueses. Si resuelven dejar el canton que habitan, abandonan sus chozas, meten sus efectos en un saco de esteras que cargan las mujeres á la espalda, sujetándolo á la frente con una cuerda, de suerte que sufre la cabeza el mayor peso, y llevan además las provisiones y un par de hijos. Los hombres van delante sin otro peso que su arco y sus saetas: porque los mas fuertes por donde quiera oprimen á los mas débiles, y se aprovechan de su superioridad para destribuir los trabajos y goces del modo mas opuesto á la justicia y á la razon.

(El Puente de lianas.)

Si encuentran en sus viages algun rio no muy ancho le pasan sobre puentes que comunmente encuentran ya construidos en los puntos mas frecuentados, á no ser que los colonos ó enemigos indígenas los hayan destruido. Estos puentes de los que la estampa da un bosquejo, son de lo mas sencillo en esta clase, reduciéndose á dos cables de liana sujetos por ambos extremos á los árboles de la orilla, y no muy tirantes. Los indios van sobre el uno de ellos, y se agarran con las manos al mas alto para conservar el equilibrio.

No puede menos de llamar la atencion esta operacion del hombre en el estado de la naturaleza para pasar los rios sin acudir á echarse á nado y á falta de canoa, piragua ó balsa. Sin duda debió ser esta la idea madre de los puentes colgantes con cuerdas de cuero de los que se ven algunos en la América del Sur. Consiste en un pavimento mas ó menos ancho compuesto de tablas transversales, cuyos extremos se afianzan en cables tejidos de fuertes correas de piel de búfalo y tendidos de una orilla á otra. Lo elástico de los materiales hace que se balanceen estos puentes en todas direcciones de un modo tan espantoso que el extranjero que no esté acostumbrado á pasarlos á caballo, tiene por mas acertado desmontarse y llevar de las riendas á su cabalgadura ó entregarla á un guia que le preceda. Déjase conocer que inmensa distancia no hay desde semejantes puentes á los de dos cuerdas de los indios brasileños, y la que media entre aquellos primeros ensayos del ingenio humano y las elegantes construcciones de las naciones cultas. Estos designan una época de civilizacion perfeccionada; los de América la de la civilizacion empezada, y los de los brasileños la de la vida salvage.

EL NOGAL.

Este hermoso árbol se cultiva hace tiempo en casi toda Europa, y aunque no pueda decirse de donde sea originario, todo induce á pensar que procede del Asia, porque en ella crece naturalmente formando bosques. Lo que se ha propagado en todo el globo haria que se le mirara co-

mo indígeno en todas partes, si no necesitase del cuidado del hombre.

Su corteza lisa, cenicienta, y con el tiempo grietosa; sus hojas verdes, brillantes y en figura de almendra, su copa ancha y espesa, y sus frutos verdes y redondos le dan una semejanza con el naranjo. Esparce al contorno un olor fuerte parecido al de la trementina, y que ni es desagradable, ni dañosocomo se pretende; y es en fin uno de los árboles digno de la atencion de los que le cultivan por las ventajas que reporta en su fruto y en la madera que suministra á las artes.

Las nueces se comen frescas y secas, y aun se co en antes de madurarse, y se venden en abundancia en las grandes poblaciones. En cuanto la cáscara ha adquirido toda su consistencia, se las da el nombre de *nueces frescas*, y es su consumo mayor, porque su sabor es entonces el mas grato, y pueden digerirlas fácilmente los estómagos mas débiles. En invierno se secan y contraen cierto sabor acre, provocan la tos, causan á veces un escocimiento en la lengua, y se hacen indigestas á causa sin duda del aceite que encierran; pero si se tiene la precaucion de ponerlas en remojo por algunos dias, se esponja el meollo, disminuye la acritud, y su sabor se asemeja aunque imperfectamente al que tienen cuando estan frescas.

(El Nogal.)

El uso mas general que se hace de las nueces secas es para extraer su aceite. La operacion es fácil, pero requiere muchos pormenores. En primer lugar es necesario cascarlas y quitarles las divisiones que separan sus piernas, poniendo estas al calor moderado de un horno. Se majan despues bajo una rueda, y se pone la masa que resulta en sacos de lienzo que se someten á una fuerte presion. El aceite que se saca es muy bueno, y puede usarse en la comida como el de la aceituna. Con un nuevo cocimiento se consigue todavía que la pasta dicha metida en los sacos, dé mas aceite; pero este es ya de segunda calidad, y solo bueno para alumbrarse ó fabricar jabon, y con él se prepara el que sirve para pintar. La casca que queda despues de extraido totalmente el aceite se aprovecha, echándola á las aves de los corrales.

Se ha encontrado medio de sacar partido de la savia del nogal, que es dulce y copiosa, haciendo azucar con ella. Para esto se abre al fin del invierno en el tronco un agujero de una media pulgada de diámetro y tres de profundidad, aplicando despues á él un pedacito de caña del mismo grueso, ó de sauce quitada la médula, y en breve empieza á manar por aquel conducto la savia, que se recoje en una vasija de barro; advirtiendo que cuanto mas inmediato á las ramas se abra el agujero, tanto mas dulce es la savia. Mana clara y limpia por espacio á lo menos de un mes, si no se hace mas que una abertura; pe-

ro debe usarse al momento, porque no dura mas de 24 horas. Para sacar el azucar se la cuela por un lienzo, á fin de separar las partes leñosas ó cuerpos estraños que pueden mezclarse, y se la pone despues á hervir en grandes calderas: se la clarifica, y se la calienta hasta dejarla reducida á la consistencia de jarabe: se elabora este por el mismo método que el de caña ó remolacha, y se cristaliza á los quince dias. Este es un descubrimiento mas curioso que útil, porque los nogales se agotarian prontamente con tan fuertes sangrias, y porque se necesita que tenga un nogal cuarenta años para que aguante esta operacion.

El nogal es apreciado principalmente por su madera. Dócil, sólida y flexible, se deja labrar fácilmente, admite un vistoso bruñido, y adquiere conforme envegece un color oscuro mezclado de vetas, que la hacen sumamente agradable, siendo por lo mismo una de las maderas mas hermosas de Europa, y de la que mas usan los ebanistas. Usanla tambien los torneros, constructores de coches, grabadores en madera, y con especialidad los armeros, no habiendo habido todavía otra madera indígena que pueda reemplazar á la del nogal para cajas de fusil. En muchos paises se gasta gran cantidad de ella para construir zuecos, contándose un consumo anual de cuatro mil nogales en solo este ramo, porque no pueden sacarse de cada árbol sino sesenta pares de zuecos. Un nogal de veinte años no dá sino pocas nueces, y solo á los cuarenta ó sesenta puede presentar una cosecha regular; siendo necesario cien años para que suministre buena madera.

EL BUEN SEÑOR.

LETRILLA.

Hay cierto Señor que pasa
Largas horas en mi casa
Sentado junto á mi Esposa,
Diciéndola: «Cara Rosa,
»Cada vez crece mi ardor.»

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Su benevolencia es suma.
Ayer me dijo: «*Vmd. fuma?*»;
Y me alargó con sus manos
Un cajoncito de habanos,
Que trasminaba el olor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Cuando me encuentra en la calle,
Porque sola no se halle
Rosita, va á visitarla.
Cuando vuelvo, es el dejarla:
Verla aislada es su temor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Suele darme comisiones
De cobrarle sus doblones;
Y con el mayor decoro
Me deja unas onzas de oro,
Por si tengo un acreedor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Si hay Toros, un palco envia
Para la Esposita mia;
Pero exige que yo asista,
Y viene á buscarnos lista
Berlina, con cazador.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Cuando nos lleva á su hacienda....
¡Qué comida! ¡Qué merienda!
Y son tantos sus cuidados
Que dormimos separados
Rosa y yo..... por el calor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

No es jugador, ni taur;
Pero le gusta el albur;
Y como mi bolsa es flaca,
Me dice: «*Esto va de bacca*;»
Y gano, que es un primor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Si llueve, graniza, ó yela,
Me presta su carretela.
Voy en ella á la oficina,
Y cada cual se me inclina
Envidiando tal favor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Por Navidad hay cebon,
Pavos, cajas de turron;
Muebles, y lienzos por ferias;
Y sin andarse en miserias
Gasta en casa con furor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Rosa gusta de la Córte,
Y él, con mucho garvo y porte,
Dice, que si ella se queda,
Hará que se me conceda,
Fuera un empleo mayor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

Pare Rosa, y siempre fino,
Se ofrece á ser el padrino.
Quiere al muchacho sin tiento,
Y le da en su testamento
Unas tierras de labor.

¡Qué gran honor!
¡Qué buen Señor!

J. M. de C.

LA HIENA.

Cuando los poetas y filósofos de todos los siglos han tomado á los animales por emblemas de las pasiones, las virtudes y los vicios, mas bien han dado una prueba de su profunda observacion, que de haber echado mano de una ficcion convencional. En efecto, si las facciones del hombre acaban por tomar la espresion de los sentimientos que le son naturales, no es difícil concebir que las inclinaciones de los animales den á sus movimientos, á sus miradas y á todo su aire, un carácter por el que se les reconozca. Asi es que la marcha lenta del leon, su ojo tranquilo y atrevido y su melena undosa, indican la fuerza magnánima que se desdeña de la venganza; del mismo modo que el mirar clavado del buitre, descubre una atencion que acecha ó que amenaza, y el ocico prolongado, los movimientos veloces y desconfiados del raposo, la astucia y sutileza. Sorprendidos algunos filósofos de esta analogia, y soltando la rienda á su imaginacion, se han atrevido á inferir que toda espresion de la fisonomia humana, que recuerde la de algun animal, indicaba el germen de pasiones relativas al carácter de este. Por ejemplo, una nariz prolongada han querido que designe la timidez de un cordero; un ojo desasosegado en que so-

bresale la pupila, la fiereza del tigre, y unos lábios comprimidos el ansioso apetito de las aves de rapiña. Es innegable lo ingenioso de este sistema y lo interesante de su estudio, pero sería absurdo el concluir de él cosa alguna decisiva, porque el hombre ha recibido una superioridad de inteligencia y una fuerza de voluntad tales, que puede con ellas resistir á todas sus inclinaciones. En cuanto á los animales, es indudable que privados de nuestra razon, se hallan sus hábitos en razon directa y constante de su conformacion material, y se reflejan en toda su estructura. En ninguno de ellos aparece mas evidente esta verdad que en la hiena; y para convencerse, bastará echar una ojeada al grabado que acompaña, en que se la retrata con mucha propiedad.

(La Hiena.)

Su cabeza inclinada, sus ojos encendidos, su boca que anuncia un gruñido sordo, forman un conjunto de ferocidad que espanta. Aquella crin siempre erizada y que se estiende por todo el cuerpo, es una señal de cólera y casi de rabia, al mismo tiempo que sus piernas dobladas, como para andar con precaucion y sin meter ruido, señalan la bajeza, y en efecto este es su propio carácter.

Este animal dañino es del tamaño de un perro grande, y su armazon trasera un poco mas baja que la delantera: tiene la cola corta y colgante, y la cabeza termina en un ocico grueso y obtuso. No tiene sino cuatro dedos en cada pie, armados de uñas cortas, gruesas, fuertes, y á propósito para ahondar la tierra. Su lengua es áspera, y sus ojos grandes y brillantes tienen una vislumbre sombría; ve de noche tambien como de dia, y su mandíbula está guarnecida de dientes fuertes é incisivos.

La hiena vive salvage y solitaria; elige para madriguera las cavernas de los montes, las hendiduras de las rocas, ó bien se construye una nueva. Es tan feroz, que nunca se ha conseguido domesticarla. Vive de la presa; pero como si la naturaleza hubiese querido que esta bestia espantosa fuese enteramente horrible, le ha dado gustos depravados. Prefiere á las presas vivas, las carnes mas corrompidas. Se introduce de noche en los cementerios, levanta las piedras de los sepulcros, ó cava profundamente por debajo para sacar pedazos del cadáver que devora con asquerosa ansia. Es cobarde y cruel. Jamás ataca de frente ni queda saciada; y es tan voraz, que se juzga que tiene la propiedad de arrojar los alimentos que le sobrecargan el estómago, para poder devorar otros nuevos. Ronda sin cesar al derredor de los sitios habitados, y segun dicen los naturalistas, su grito siniestro se parece á los sollozos de un hombre que vomita con mucho esfuerzo. Su pelo de un blanco sucio entreverado de rayas negras, colocadas de una manera irregular, le dan un aspecto lúgubre que completa el conjunto mas espantoso y repugnante.

Estos rasgos generales son los únicos conocidos de la hiena, y se deja entender que no ha sido fácil estudiarla sino matarla. Se ignoran por lo mismo sus costumbres, ni como se maneja para acechar y coger su presa, y mucho menos como cria sus hijos y cuantos echa á la vez; pero en cuantas se han cojido se ha hecho una observacion confirmada por numerosos testimonios, y es la de que en el momento que se levanta para huir ó correr, se presenta coja de la pata izquierda, y que esta cojera que le dura unos cien pasos, es tal, que se diria que va á caer.

Las hienas son raras y no se encuentran sino en algunos puntos del Africa y Asia, en donde parece que todos los animales mas carniceros han ido á buscar un asilo, como para devorarse allí recíprocamente.

PROVERBIOS MORALES.

Practicad con vuestro padre lo que hayais de exijir de vuestros hijos.

Procura moderar tus pensamientos; si ellos no son malos, tampoco lo serán tus acciones.

Cuando un mal no puede remediarse, nada hay mas escusado que un consejo que de nada puede servir.

No basta conocer la virtud, es necesario amarla; pero aun no basta amarla, es preciso poseerla y practicarla.

El que persigue á un hombre de bien hace la guerra al cielo, porque el cielo ha criado y protege la virtud.

En los negocios mas importantes consultad hasta á los hombres de menos inteligencia, talento y esperiencia; cuando los consejos son buenos no se debe mirar de donde vienen. Un necio á veces suele dar un buen consejo.

Nadie habla mas de religion que los que no la conocen.

El chancearse sobre la religion es burlarse á espensas de los mayores intereses.

Madrid: Imprenta de D. T. Jordan, Editor.